



LA AURORA,

PERIÓDICO DE LOS NIÑOS.

EL SOLITARIO DE OLEVANO,

Ó LA NARRACION DEL EXPATRIADO.

Hermoso pais, dijo Alberto, apeándose del caballo.

—No nos ha engañado por cierto nuestro cicerone, replicó Rogelio, bajando tambien del noble alazan en que iba caballero.

NÚMERO VI.

1.º DE JUNIO DE 1851.

—Mucho me temo, continuó el primero, que salga cierta su predicción y nos detengamos en esta pobre aldea mas de un día.

—Esta Italia nada tiene indiferente. Todo es digno de visitarse y admirarse. ¡Pais de recuerdos, pais de gloria: yo saludo con veneración hasta tu mas humilde cabaña!

—Y las cabañas de Olevano, continuó Alberto, tienen un aspecto lindísimo. Este sitio es pintoresco en extremo.

—¡Cuán hermosos y verdes follajes! añadió su compañero. Internémonos por este bosque inmediato.

Diciendo esto, nuestros dos viajeros se internaron en efecto por entre los espesos y frondosos árboles que rodean á Olevano. Apenas habían andado algunos pasos, cuando se encontraron á la puerta de una bonitísima casita, situada en un soto y á la falda de una linda colina inmediata. Entraron nuestros dos viajeros en esta humilde pero bien dispuesta morada, y la pasearon en todas direcciones sin encontrar ningún ser humano. Entonces se resolvieron á dejar este campesino albergue y comenzaron á trepar por la falda de la colina, hasta que se hallaron en una especie de meseta poblada de un número infinito de árboles de delicadas frutas. Bajo un verde emparrado y sentado sobre un taburete rústico, se hallaba un hombre de aspecto venerable y tan entregado á sus meditaciones, que no echó de ver que tenia ante sí á nuestros dos viajeros.

—Buenas tardes, amigo, le dijeron, ¿cómo estais tan pensativo que no habeis reparado que nos teneis delante?

—No acostumbro recibir visitas, contestó, y como no esperaba la vuestra, no he echado de ver el honor que recibo; ¿en qué puedo servirlos?

—Somos extranjeros, contestaron nuestros hombres. Nos han ponderado la belleza pintoresca de esta pequeña aldea y hemos venido á visitarla.

—Algunos pintores han trasladado á sus albums vistas de esta linda á la par que pobre aldea. Si sois aficionados al dibujo de paisaje, podeis hacer lo mismo. Yo os señalaré algunos parajes bien pintorescos.

—Tal vez nos aprovechemos de la oferta, dijo entonces Alberto, si permanecemos aquí el tiempo suficiente.

—No sé si nos juzgareis indiscretos, prosiguió Rogelio, si os preguntamos por qué teneis tan abandonada vuestra casita. ¿Vivís solo?

—Si señores, vivo solo. Por lo que hace al abandono de mi pobre albergue, como no poseo cosa que pueda incitar la codicia, no me da cuidado.

—¿Habeis morado siempre este pais? replicó Rogelio, y perdonad de nuevo la indiscreción.

—No señores. Soy milanés. Los últimos disturbios de mi pobre patria

VISTA DE OLEVANO.



me arrojaron de su suelo. Vivo retirado en esta humilde aldea, pensando de continuo en las vicisitudes humanas, casi siempre causadas por impetuosas pasiones.

—Pareceis prudente é instruido. Os damos gracias por vuestra condescendencia.

—El infortunio, señores, suele hacer prudentes é instruidos á los hombres. Parece que Dios recompensa de esta manera sus padecimientos. Jamás murmuro ni de su bondad infinita, ni de su sabiduría. Mucho he sufrido; pero he podido seguir el hilo de mis infortunios, y hasta en ellos he visto la mano protectora de Dios.

—Los sentimientos religiosos de que estais poseído, dijo Alberto, son para vos un bálsamo en las dolencias del espíritu. Siempre lo he pensado: el hombre religioso, jamás es completamente desdichado.

—Reflexion justa, caballero, que os honra; reflexion que no hacen todos y que es causa de grandes males. Yo mismo soy una prueba palpable de vuestro aserto; y si estuviérais mas despacio os lo probaria con la relacion de mis infortunios.

—Viajamos para instruirnos. Los monumentos de vuestra hermosa Italia dan al viajero elocuentes aunque mudas lecciones. No hemos hallado, sin embargo, muchos hombres de vuestro temple y sano juicio. Asi admitimos con gusto vuestra oferta.

Levantándose entonces el solitario de Olevano, condujo á sus dos huéspedes á la humilde casita. Presentaba esta un aspecto agradable y todo respiraba limpieza. Tomaron asiento estos tres hombres, como tres buenos amigos, al lado de una ventana que daba vista á un hermosísimo jardin. Mil brillantes flores le decoraban. Estaban estas colocadas, al parecer, en desórden; porque el jardinito no era simétrico, sino un conjunto de mil agradables caprichos. Veíase próximo á la ventana un copudo árbol cuyo follaje cubria casi la casita. Un suave perfume se desprendia de este lindo capricho campestre, que contemplaban los viajeros con singular complacencia.

—No puedo menos de alabar vuestro gusto, dijo Rogelio. Es agradabilísimo este reducido vergel.

—El cultivo de esas flores, de esos arbustos y de esos árboles, mantiene el vigor de mis fuerzas físicas. Aquellos libros que veis allí, añadió señalando una escogida librería, fortifican mi espíritu y mantienen el equilibrio entre el cuerpo y el alma.

—La sensatez de vuestras palabras me deja realmente sorprendido, dijo Alberto. Ya veo yo que no debe ir á buscarse la sabiduría en el bullicio de las grandes ciudades. Esta pobre aldea que no todos visitan, y solo atrae de vez en cuando la atencion de algun pintor para contemplar las bellezas naturales que encierra, oculta una joya que no he hallado en las populosas ciudades que hemos recorrido.

—Amigo mío, replicó el solitario, lo que llamais joya, no es joya. Solo tenéis en vuestra presencia un hombre aleccionado por la desgracia y que nunca desesperó de la misericordia de Dios. Las grandes ciudades encierran muchos hombres como yo, pero no es fácil encontrarlos. El viajero busca al opulento, al eminente artista, al sábio. Visita los palacios y los monumentos que la vanidad humana ha levantado: pocas veces se detiene á la puerta de una pobre choza, de una humilde casita semejante á la mia. Asi no es fácil que encuentre los hombres probados en el crisol del infortunio.

—Cada vez me inspirais mas profunda veneracion, dijo Alberto.

—Los hombres se deben amor y aprecio mútuo, nunca una idólatra adoracion. Solo considero digno de gran respeto al hombre que ni en el poder se ha envanecido, ni abatido en la adversidad, y conservó en ambos estados la calma del justo con el ejercicio de todas las virtudes.

—Pues entonces, añadió Rogelio, convenid con mi amigo Alberto en que vos mereceis sin duda ese gran respeto de que hablais.

—¡Oh! no señores, ahora vereis que no pertenezco á esos seres privilegiados. Mi único mérito consiste en conocer que los hay y en aspirar á imitarlos aunque imperfectamente.

Diciendo esto se levantó, corrió hácia una habitacion contigua y volvió á colocar sobre la mesa una canastilla de sabrosas frutas.

—Mientras yo os instruyo de mis infortunios, probad esos productos de mi jardin.

Diéronle las gracias Alberto y Rogelio, y el solitario de Olevano habló asi:

Como ya os dije, nací en Milan en 1808. Me llamo Rugiero y me dediqué en mis primeros años al cultivo de las ciencias. Mi familia no era opulenta; pero poseia lo necesario para gozar de las comodidades que da una feliz medianía. Cuando solo contaba 20 años tuve la desgracia de perder á los autores de mis dias. Creo poder aseguraros que era buen hijo, y he llorado esta primera desgracia; pero resignéme con la voluntad de Dios. La Providencia me proporcionó dos años despues una amable y virtuosa compañera. Mi esposa Malvina era un ángel, y este es uno de los inmensos beneficios que debo á la Providencia. No tardé en ser padre. El recuerdo de dos hijos dulcifica mis penas. Llámense Herminia y Aurelio. Desde que vinieron al mundo procuré inspirarles amor á la virtud, á la ciencia y al trabajo. Instruiles por mí y por medio de los mejores maestros de Milan. Ningun disgusto me proporcionaban; eran aplicados y dóciles; oian con respeto mis consejos y los de sus maestros, y yo era feliz en el seno de mi familia. El tiempo que me dejaban mis negocios lo empleaba en la educacion de mis hijos, que merced á los inefables favores de la Providencia, crecieron para el bien. Nada turbaba a parecer mi dicha. Mas ¿cómo fijar esta sin contar con los azares de la

suerte? La humanidad es como un gran río, que si bien pasea sus aguas tranquilas algun tiempo sin salir de su alveo, á veces se desborda é inunda la tierra, causando mil desgracias é infortunios. La Francia, señores, ha sido para la Europa ese gran río, que salió de su alveo en 1848. La inundacion de las ideas que allí surgieron, conmovió por un momento la Europa. Milan, mi patria, sintió vivamente esta conmocion. Los milaneses recordaron que Pompeyo habia honrado su patria con el título de *segunda Roma*; que los emperadores romanos la habian embellecido; que Constantino la erigiera capital de la Italia septentrional; que hablábamos la hermosa lengua de Italia, y que nuestros dominadores hablaban tudesco; y olvidando el coronamiento de Otton el Grande en la iglesia de San Ambrosio y las vicisitudes por que mi patria habia pasado, y la cesion que de ella hizo España al Austria en 1706, los milaneses, mis queridos compatriotas, sin fijarse en las consecuencias, alzaron entonces el grito de independencia. Al resonar en mis oídos, señores, me estremecí de espanto. En un momento cruzaron por mi mente todos los cuadros sangrientos de que habia sido teatro la bella Italia. Lancé una rápida ojeada á su situacion, y la ví postrada, inerte, fraccionada. Lloré entonces la suerte que iba á caber á mi pobre patria; pero me he resignado. ¡Italia! dígame para mí, ¡desgraciada Italia! ¿qué queda hoy de la ciudad de Rómulo, de la patria de los cónsules, de los césares y de los emperadores? ¿Dónde está el antiguo poder de la soberbia y opulenta Roma? Solo ruinas, que si bien gigantescas, al fin son ruinas. Hay sin embargo en tu seno algo santo y venerable que vislumbra el hombre religioso, como el experto piloto distingue una luz amiga en las tinieblas de una tempestuosa noche. Pero de tu poder mundanal, ¿qué queda? Nada: un recuerdo que venera la historia. ¿Qué fue de Venecia y de la gloria de sus dogos?... ¡Italia, Italia! apenas eres un esqueleto de lo que fuiste. La prosperidad te ha corrompido. Sufre ahora tranquila la expiacion de tu conducta.

Sin embargo, la tormenta arreciaba; oíanse por do quiera el estruendo de las armas, los gritos de los combatientes y los ayes de las víctimas. Las casas eran tomadas alternativamente por los paisanos y por las tropas del emperador. La mia, señores, fué testigo de terribles escenas. Mi jóven esposa ha sucumbido víctima de la barbarie de una soldadesca desenfrenada. Por un momento, los milaneses triunfaron, pero al fin tuvieron que sucumbir. Esta historia es conocida de todos: acaba de pasar. El amor á mi patria, y el deseo de vengar á una esposa idolatrada, me hicieron tomar una parte activa en la lucha. En el día del dolor y la tribulacion huí con mis dos hijos. Anduvimos errantes y disfrazados durante ocho dias por las cercanías de Milan. Salimos por la puerta *Tenaglia*, y descansamos cerca del convento de Agustinos, que el arzobispo *Juan II Visconti* fundó en 1349, y donde el *Petrarca* solia

dirigir sus paseos de por la tarde. En *Inverigo* estuvimos ocultos en la famosa casa de recreo llamada *Rotonde*. Esquivando mil peligros, emprendimos al fin nuestro viaje á pié para Bolonia.

Este viaje ha sido largo y penoso. No siempre seguíamos el camino recto, y muchas veces andábamos errantes por las cercanías de las poblaciones sin atrevernos á entrar en ellas. Al pasar por Lodi, dormimos en los pórticos de la plaza. Desde esta poblacion seguimos nuestra ruta por entre el *Pó* y el *Ada* hasta *Casal Pusterleño*, donde, dejando el camino de Cremona, tomamos el de *Plasencia*. Al llegar á esta ciudad, situada cerca de la márgen derecha del *Pó*, tuvimos que detenernos algunos dias en la fértil llanura de su término. Mi hija habia caído en un terrible abatimiento. Aurelio era mas sufrido, y me animaba con su aire tranquilo, y á veces risueño.—A no temer por vuestros dias, me decia con frecuencia, y por los de mi querida Herminia, quizá me hubiera alegrado de la peregrinacion que vamos haciendo.—Dios te concede esta resignacion, mi buen Aurelio. Confiemos en que la Providencia nos conservará á nuestra Herminia.—¡Oh! decia este ángel, no temais por mí; ¿qué importa que yo muera, con tal que vos, padre mio, no corrais ningun riesgo?—¡Ah, Herminia mia! el cielo no me negará el consuelo de poseerte, y de cuidar de tu educacion en algun país apartado.—Estos y otros coloquios semejantes nos ocupaban muy á menudo. Detuvimos dos dias en Plasencia. Desde aqui, la *Via Emilia* nos llevó sin tropiezo á Bolonia. Habíamos andado cuarenta y cuatro leguas y media. Bolonia es, despues de Roma, la primera ciudad de los Estados pontificios. Pasábamos gran parte del dia en los pórticos que la mayor parte de las calles tienen por ambos lados. Agravóse algun tanto la enfermedad de Herminia, y esto nos detuvo en Bolonia muchos dias. Por no obligaros á verter lágrimas, no os referiré los tiernos episodios que han pasado entre mis dos hijos y este hombre que teneis delante.....

Dos gruesas lágrimas corrieron entonces por las nobles mejillas del solitario de Olevano. Alberto le dijo:

—Mucho sentimos que renoveis por nuestra culpa vuestros pesares.

—Señores, replicó el solitario, habeis creído hallar un sábio, y habeis hallado un desgraciado. No importa: tened paciencia, y escuchadme.

—Solo sentimos vuestros padecimientos, repuso Rogelio. Por lo demas, podeis estar seguro de que tenemos una gran satisfaccion en escucharos.

Entonces Rugiero anudó así su interrumpida narración:

Al fin, señores, la Providencia salvó los dias de Herminia. Mi encantadora hija fué recobrando poco á poco la salud. Bolonia no era todavía el término de nuestro viaje. Pensamos por de pronto ir á *Floren- cia*. Allí debia yo encontrar un amigo que me proporcionaria recursos,

de que absolutamente carecia, teniendo que implorar la caridad pública para subsistir. Afortunadamente, un venerable sacerdote, con quien hice conocimiento, me proporcionó algun socorro, y de esta manera pudimos emprender de nuevo nuestra peregrinacion. Para ir de Bolonia á Florencia es necesario atravesar el *Apenino*, que separa las llanuras de la *Lombardía* de la *Toscana*. El camino que conduce á *Pianoro* está abierto en el fondo de un valle, y rodeado de agradabilísimas colinas. Como caminábamos á pié, todas las tardes nos apartábamos de la carretera para buscar un asilo hospitalario en las casas de las cercanías.

Un dia trepamos á una colina por medio de un bosquecillo, cuya frescura no dejó de causarnos una sensacion desagradable, porque el ejercicio que habiamos hecho durante el dia nos habia excitado demasiado, y estábamos algo sudados.

Seguimos en el bosque una senda amiga. A poco rato nos hallamos en un amenísimo vergel, bien cultivado, y á cuyo extremo habia una pobre, pero bien dispuesta casa de labranza. Aproximámonos al dintel de la puerta, y nunca olvidaré el espectáculo que he presenciado. Perdonad, amigos míos: lo que voy á referiros es un corto episodio campestre, pero que encierra una gran leccion para el hombre pensador y filósofo. Necesito antes humedecer mis fáuces, continúo.....

Y diciendo esto, acercó á los labios el solitario de Olevano una taza con agua: bebió un poco de este líquido, y prosiguió:

Un fuego suave calentaba la habitacion, é iluminábala al propio tiempo. Alrededor de este fuego amigo estaban tres niños, que procuraban calentarse en él, operacion tanto mas extraña cuanto que el dia habia sido templado. Pero estos niños habian ido á buscar á su padre á un lugar pantanosó, se habian mojado, y sentian, al parecer, frio. Si bien es cierto que la situacion de la casa era mas propia para experimentar esta sensacion que la del calor. A corta distancia, y sentado en una silla rústica, se hallaba un hombre, en cuyo rostro estaban impresas las señales del trabajo á que se entregaba. No parecia, sin embargo, descontento de su suerte; antes bien tenia el aspecto del hombre satisfecho por el cumplimiento del deber. Miraba tiernamente á los tres niños, apoyado su brazo izquierdo sobre una mesita, en la cual una muger tenia colocados tambien sus dos brazos, sosteniendo su cabeza con la mano izquierda, puesta en la mejilla. Mientras aquel hombre se extasiaba mirando los dos niños sentados próximos al fuego, y la niña, que se mantenía en pié entre ambos, la muger contemplaba con una ternura inefable al hombre fatigado. Este cuadro de pobreza, resignación y felicidad verdadera, me enterneció en extremo. Observélo todo algunos instantes, y al fin me resolví á decirles:

El cielo os guarde, buenas gentes. Soy un desgraciado viajero que os pide un asilo por esta noche; ¿os dignareis concedérmele?

—Con mucho gusto, buen amigo, dijo la muger. Entrad.
Obedeci esta voz caritativa, y Aurelio, Herminia y yo entramos en



Interior de la casa de Anselmo.

la casa hospitalaria del labrador. Contemplónos este por algunos instantes, y luego dijo:

—Conozco por vuestro rostro y modales que no habeis vivido siempre en la estrechez: tanto peor para vos. Puedo ofreceros un asilo, pero no las comodidades de la opulencia que sin duda habeis perdido.

—Jamás he sido opulento, amigo mio; pero os confesaré que he vivido en una medianía feliz.

—Señor, yo no disfruto esa medianía, y sin embargo, soy feliz.

—¡Sois feliz! le repliqué ¡y veo vuestro rostro jóven marchitado por el trabajo y el sufrimiento!

—La divina Providencia sostendrá mis fuerzas. Este trabajo es el sosten de mi esposa y mis hijos. Ahí los teneis, señor. Cuando vuelvo á mi pobre hogar despues de haber empleado el dia en mis tareas rústicas, sus caricias me recompensan. No envidio á los poderosos de la tierra, llenos de cuidados y rodeados de enemigos. Nadie me envidia, nadie me odia. Hago todo el bien que puedo. Mi Susana, mi tierna y buena Susana, me prepara una comida frugal y reparadora que comparto con ella y con mis hijos. Los mas cariñosos afectos me rodean; ¿qué habian de proporcionarme todas esas riquezas que los hombres codician? Cuidados, disgustos, zelos, maldad. No, señor, estoy contento, satisfecho con mi suerte, y no la cambiaria por la del mas orgulloso patricio. Amo á mi muger y á mis hijos. Dedico algunas horas de ocio á darles buenas lecciones de moral; los acostumbro al trabajo y les enseño la religion de mis padres, que me ha dado esta resignacion. Jesucristo debe ser en todo nuestro modelo, les digo. Nuestro buen pastor, los domingos y dias festivos les explica los fundamentos de nuestra santa religion. Sus saludables máximas me han hecho feliz. Si en medio de mi pobreza las tribulaciones me asaltaran, acataria los altos designios del buen Dios: moriria resignado. El Señor me premiaria en el cielo. Este protegeria á mi buena Susana y á mi Enriqueta, á Maximino y Luis. Ahí los veis hoy alegres y contentos. ¿Cómo no quereis que sea feliz?

Nuestro paisano del Apenino me ha enseñado mas que los libros de filosofia, me ha enseñado la resignacion. Desde entonces no me contemplé tan desgraciado. El paisano de que os hablo, se llamaba Anselmo: este nombre es para mí la clave de la felicidad. He reflexionado muchas veces en las palabras del infeliz campesino, del labrador satisfecho con su trabajo, contento con la felicidad doméstica, y con llenar los deberes de buen padre y buen esposo. Pero mi relato se alarga, señores, y quizá tengais necesidad de descansar.

—Nada de eso, repuso Alberto, nos estais dando un rato delicioso. Solo sentimos incomodarnos.

Aquí hubo una ligera pausa. El solitario de Olevano reflexionó un rato, como para coordinar sus ideas, y luego continuó:

Al siguiente dia Anselmo quiso acompañarnos hasta cerca de *Scaricalasino*. Desde este punto pudimos pasear la vista por una vasta ex-

tension del territorio. En efecto, contemplamos la hermosa cadena de los *Alpes* y *Apeninos*, las llanuras de la *Lombardia* y hasta las cercanías de *Ubine*, el *Pó*, los amenos valles de *Comachio*, y las costas del *Adriático*. Este panorama inmenso enalteció nuestro espíritu y nos sobrecogió un recogimiento religioso. Despedímonos cordialmente del buen Anselmo, y despues de caminar todo este día y el siguiente, descubrimos á la caída de la tarde las encantadoras cercanías de *Florenzia*. Este hermosísimo paisaje trajo á mi memoria unos versos del Ariosto que recité á mis hijos, conviniendo ambos en la exactitud del cuadro que describe con tanta gracia el poeta. Sin embargo, nuestra situacion era poco á propósito para ocuparnos en admirar bellezas literarias. Los grandes espectáculos de la naturaleza hacen siempre impresion en nuestra alma; pero la desgracia borra de nuestra mente los graciosos cuadros y cubre todos los objetos de una tinta siniestra y sombría.

En *Florenzia*, debía, segun os dije, hallar á un amigo. Busquéle por espacio de muchos dias. En uno de ellos dirigí mis pasos con *Herminia* y *Aurelio* hácia unos sepulcros célebres. Visitamos, en efecto, el lugar donde reposan las cenizas del *Dante*, de *Maquiavelo*, de *Alfieri* y de *Miguel Angel*. En el sepulcro de este último hallé al amigo que habia buscado en vano. Abrazámonos cordialmente, besó á mis hijos en la frente, y me dijo enternecido:

—¡Pobre Rugiero! cuánto habrás padecido..... seguidme.

Sin replicarle palabra me encaminé con él á la casa que habitaba.

Al parecer, tocábamos el término de nuestras desgracias. La *Providencia*, sin embargo, lo habia dispuesto de otro modo. Mi pobre *Herminia*, no acostumbrada á la fatiga y á quien una especie de febril exaltacion producida por el temor de afligirme, habia sostenido hasta entonces, cayó por segunda vez en una languidez mortal. Yo veia con espanto marchitarse sus hermosas mejillas, y amortiguarse sus ojos. Todos los auxilios del arte eran inútiles. Seguia con una terrible ansiedad todos los progresos de su enfermedad. ¡Ah, señores! si no sabeis lo que es tener una hija idolatrada, no podeis concebir todo el temor, toda la amargura que experimenta un padre que piensa perderla sin remedio. ¡Pobre flor! decia yo, agostada antes de tiempo por el terrible soplo del dolor y el sufrimiento. ¡Dios mio, Dios mio! salvad á mi hija y perezca mil veces este desgraciado proscripto que á nadie interesa.

El Dios de bondad y misericordia oyó tambien esta vez mis súplicas; mi *Herminia* ha recobrado la salud. Yo que habia contemplado con espanto todas las huellas del mal, miré con singular placer como la *Providencia* iba reparando los extragos causados por el mismo. *Herminia* parecia apreciar solo la salud, por lo mucho que á mí me interesaba.

—Mi querido papá, me decia, ya estaba resignada á dejar esta morada de tránsito por otra mejor que sin duda me esperaba. Solo sentia

dejar la existencia por la pena que os causaba; pero, gracias al cielo, ya estoy muy buena, y me voy reponiendo admirablemente. Acompañaba estas palabras besándome en la frente, y mis lágrimas corrían de placer, como poco antes habían corrido de dolor. Al fin, un día me dijo mi amigo:

—Mi buen Rugiero, tú eres un hombre razonable. Así te diré con franqueza lo que siento. Tu hija necesita volver á Milan y contemplar el hermoso sol de su patria, respirar su ambiente. Herminia necesita una compañera: mi esposa le servirá de tal. Ya la conoces; en ella hallará una segunda madre, y ambas sembrarán de flores el sepulcro de la buena y angelical Malvina. Tu hijo es hombre y necesita instruirse, vivir para los demás, en una palabra, prepararse para llenar su destino en la tierra. Le llevará conmigo á Londres. Tal vez muy pronto podamos reunirnos todos en mi casa de campo de Milan.

Lo que se me proponía era cruel, pero no tenía réplica. Yo no podía sumir á mis hijos en un solitario retiro. Mis lágrimas corrieron en abundancia; pero me separé de ellos. Aurelio vive hoy en Londres; mi Herminia, en Milan..... Allí, continuó señalando un pequeño armario, hay un inmenso paquete de cartas: es la correspondencia de mis hijos....

Calló entonces Rugiero y permaneció sin movimiento algunos instantes.

—Y vos, dijo Alberto, ¿cómo habeis venido á estableceros á este solitario y hermoso sitio?

—Ahora lo sabreis. Mi amigo, al despedirse de mí en Florencia y llevarse consigo á mis hijos, me dijo: «Mi querido Rugiero, vete á Olevano. Allí poseo yo una casita de campo. Con esta carta te será entregada con el huerto y terreno que la rodea. Deja que pase la tormenta. Todavía espero días serenos.»

No os fatigaré con la relacion de un viaje para mí sin atractivos. De Florencia me trasladé á Roma, y de aquí por el camino de Nápoles vine á *Subiaco*, distante unas doce leguas de la gran ciudad. Ya sabéis que Olevano, donde nos hallamos, solo dista tres leguas del pintoresco *Subiaco*.

Así terminó su narracion el solitario. Alberto y Rogelio quedaron por algun tiempo sumergidos en serias reflexiones, pensando en las vicisitudes de la vida.

Nuestros viajeros permanecieron algunos dias mas con nuestro desterrado. A cada hora tenían nuevos motivos de admirar su gran resignacion y verdadero y sólido saber. Al fin fue preciso dejarle de nuevo sumido en la soledad. Al despedirse les dijo:

«Dios, amigos míos, ha señalado al hombre un lejano y fugitivo porvenir, que es necesario alcanzar por entre mil fatigas, obstáculos y peligros. Esta es á la vez su deuda y su privilegio. Mientras que los anima-

les solo tienen instintos, el hombre reconoce deberes. No vive solo para sí, sino para los demas. El egoista es un ser miserable que habita un desierto. El hombre necesita la expansion ; necesita llenar su destino en la tierra, haciendo á sus semejantes todo el bien posible, y resignándose con los trabajos y dolores. Acordaos con frecuencia, amigos míos, en todos los instantes de vuestra existencia del *labrador del Apenino y del solitario de Olevano. Anselmo y Rugiero son dos lecciones providenciales.*

A.

EL PREMIO DE LA VIRTUD Y EL TALENTO.

Por los años de 1750 celebraba la antiquísima y famosa universidad de Huesca una de aquellas solemnes y pomposas ceremonias de que hacen alarde nuestras universidades, al dispensar á sus alumnos los títulos y prerogativas del mérito y el saber. Recibía la investidura de doctor uno de los discípulos mas sobresalientes de la escuela, jóven de especiales y muy recomendables cualidades, por quien no podrán menos de interesarse nuestros lectores.

Antonio, que así se llamaba, era hijo de unos pobres labradores que vivían á costa de penosos trabajos. Aficionado al estudio desde sus mas tiernos años y amante de sus padres, como buen hijo, procuraba auxiliar á estos en las faenas agrícolas en cuanto se lo permitían sus débiles fuerzas, y asistía á la escuela con la mayor exactitud y puntualidad. En el campo como en casa, los libros eran su único recreo, así que pasaba como modelo de aplicacion y buena conducta.

Llegó un dia en que llamándole el profesor á presencia de toda la escuela, al terminar la clase, le dijo enteramente conmovido: «hijo mio, no puedo enseñarte mas; estás en el caso de salir de esta escuela y consagrarte á otras ocupaciones. Mucho siento que dejes de concurrir á mis lecciones, porque los buenos discípulos honran siempre á los maestros y los consuelan de la ignorancia y pereza de los demas; pero no te queda aqui nada que aprender. Mas de una vez me han hecho olvidar tu aplicacion y conducta los sinsabores que lleva consigo mi destino, disfrutando los puros y tranquilos gozes á que aspiro en el ejercicio de mi profesion.»

Ruborizado Antonio, bajaba la vista al oír tales elogios en boca del maestro á quien, sin contestar una palabra, cogió las manos y las llevó á sus labios con veneracion y gratitud.

El profesor comprendía bien los sentimientos que agitaban al niño, y despues de un momento de silencio, esforzándose por contener sus lá-

grimas, continuó: «aquí me encontrarás cuando me necesites; si no asistes á la escuela, no por eso dejaré de presentarte como ejemplo y modelo de buenos discípulos. Prosigue el buen camino que has emprendido, no abandones el estudio, honra á tus padres, y cumple tus deberes como buen cristiano, que Dios premiará tus esfuerzos y virtudes.»

Dicho esto, abrazó Antonio á los niños de la escuela que lloraban como él porque habia sabido hacerse estimar de todos, y se encaminó á su casa acompañado del profesor, que quiso dar cuenta á los padres de las buenas cualidades de su hijo.

La afición al estudio de que estaba dominado Antonio, le hacia mirar con disgusto las ocupaciones del campo, aunque trataba de ocultarlo por no disgustar á su familia. Siempre tenia la misma predilección á los libros y desde que salió de la escuela se dedicó por sí mismo al latín. Las grandes dificultades que encontraba en su estudio le hicieron pensar en el párroco del pueblo. Era este un excelente sacerdote que se desvelaba por el bien espiritual y temporal de sus feligreses, y acogió con la mayor bondad al niño prometiéndole darle algunas lecciones.

Los mismos progresos que en las primeras letras hizo Antonio en la lengua latina. En poco tiempo y sin abandonar los trabajos ordinarios, llegó á traducir con la mayor soltura trozos difícilísimos de los mejores autores.

Admirado el párroco, sentia dejar sin cultivo tan brillantes disposiciones, y no pudiendo ocultarlo mas tiempo, lo manifestó á los padres, aconsejándoles que no perdonasen medio alguno para dar al niño una carrera literaria, á la que tambien contribuiria él mismo en cuanto lo permitiesen sus facultades. Los padres, que conocian bien su inclinacion, pues le habian sorprendido muchas veces entregado al estudio, no dudaron ya y se decidieron á que siguiese una carrera literaria.

Por aquellos dias pasó Antonio á Huesca con el fin de desempeñar algunos encargos de familia. Supo que se celebraba un acto público en la universidad, y se apresuró á concurrir á él. Colocóse como pudo, tímido y receloso, en uno de los ángulos de la sala, y desde allí no perdió una sola palabra de cuantos tomaron parte en las conclusiones. Habló el último uno de los profesores mas distinguidos, y causó tal impresion á Antonio, que no era dueño de contener sus emociones de entusiasmo.

Al salir este profesor, una vez terminado el acto, le siguió á lo lejos hasta su casa. Antonio se detuvo en el portal sin atreverse á dar un paso. Por fin, se decide y tira del cordón de la campanilla.

Al ver la criada aquel niño, que tendria unos trece años de edad, mal vestido, de modales rústicos, y cuya fisonomía manifestaba cierto embarazo incalificable, no pudo menos de preguntarle en tono áspero y desabrido:

«¿Qué buscas aquí?

—Quisiera ver al señor doctor, contestó con modestia, pero con firmeza.

—¿Para qué?

—Deseo hablarle.

—Dí lo que quieres, que yo le hablaré.

—No puedo decírselo sino á él mismo.

—Pues no es hora. Acaba de llegar de la universidad, y no recibe á nadie.

—Bien, esperaré.

—Es en vano. El señor estará fatigado y necesita descansar. No te recibirá hasta muy tarde, y eso si no me manda que te despidas en hora mala.

—No hará tal, replicó el niño con cierto aire de convencimiento. Le dejaré descansar, pues no trato de molestarle; pero no pienso regresar á mi pueblo ni salir de aquí sin que me conceda una entrevista.»

La terquedad del niño y el tono de decision con que pronunció las últimas palabras, impusieron á la criada, que murmurando entre dientes pasó recado á su amo. Enterado este de tan extraña y porfiada pretension en un niño, dispuso que le esperase en su despacho.

A pesar de su cortedad, entusiasmado Antonio contemplando los estantes que guarnecian aquel aposento, recorría con avidez los rótulos de los libros, hasta que llegó el doctor.

Al oír sus pasos, vuelve la cabeza y se queda inmóvil y temblando en el mismo sitio. Repuesto algun tanto de su primera impresion por la amabilidad con que le saludó el doctor al entrar, se dirigió hácia él y articuló las siguientes entrecortadas palabras con la mayor veneracion:

«Siento mucho..... no quisiera..... pero acabo de oír á V. en la universidad..... y no he podido resistir á la tentacion de hablarle..... V. debe interesarse por los desgraciados que desean saber..... Esto es lo que queria decir á V..... y si no abusase de su bondad.....

—Y bien, hijo mio, le dijo el doctor tomándole de la mano y llevándole hácia una silla; siéntate y habla cuanto quieras sin temor de molestarme. Veamos qué es lo que desees y si puedo complacerte.»

Animado Antonio con estas palabras, desechó su timidez y se espresó con tal facilidad de elocucion, que no pudo menos de sorprender al doctor, á quien desde el primer momento habia interesado.

«Mis vestidos revelarán á V. que soy pobre, pero no por eso menos honrado, dijo con afliccion y noble orgullo á la vez. Desde que tengo conocimiento siento una pasion profunda al estudio, pero he tratado de ahogarla en mi alma por no agravar la triste situacion de mis padres. Me amaban tanto, que no habian de perdonar sacrificio para que realizase mis miras, y yo queria escusarlo. Por fin, no he podido ocultar á su vista esta fatal pasion.....

—¡Fatal! ¿y por qué ha de ser fatal? le interrumpió el doctor.

—Por lo que acabo de decir á V.; porque mi padre se aflige y mi madre llora, no pudiendo auxiliarme en mis estudios. He aprendido latin en mi propio pueblo, y no tengo recursos para continuar una carrera. Trabajo en el campo, y en los ratos ociosos y robando las horas destinadas al sueño, leo y estudio en el retiro, por no desconsolar mas....

—¿Y qué es lo que lees? le preguntó el doctor.

—Leo las bellezas de Ciceron y Virgilio. Su lectura me encanta, y paso en claro las noches recorriendo sus páginas. No tengo otros libros; pero cada vez que los leo, encuentro nuevos motivos de admiracion y placer. En concluyéndolos, vuelvo á empezar y á devorarlos con el mismo interés que si no los hubiese visto nunca.

—¿Y comprendes todos los pasajes de esos modelos de elocuencia y pureza de lenguaje?

—No todos, por desgracia; pero el señor cura no se incomoda por mis impertinencias; me explica las dificultades que encuentro, y me anima á proseguir mi tarea.

—¡El digno párroco te ha conocido bien!.... pero continúa; veamos qué pretendes.

—Deseo estudiar, pero no á costa de la pobre fortuna de mis padres. Bastante han de echar de menos mi débil auxilio cuando me separe de su lado, para que consintiese en que se impusieran otras privaciones. Espero un medio, y siempre espero en vano. Hoy he oido á V.; su voz elocuente, que todos elogiaban como la expresion del talento, me decia á mí alguna cosa mas, me revelaba las cualidades del corazon. Sé que nada sobra á V, pero he adivinado que le conmueven las desgracias, y seguro de que comprenderá la mia, he venido á pedirle remedio.

—¡Si hubieses llegado pocos dias antes! contestó con sentimiento el doctor. Se han provisto algunas becas gratuitas en el seminario conciliar, y acaso.... pero, en fin, veremos....

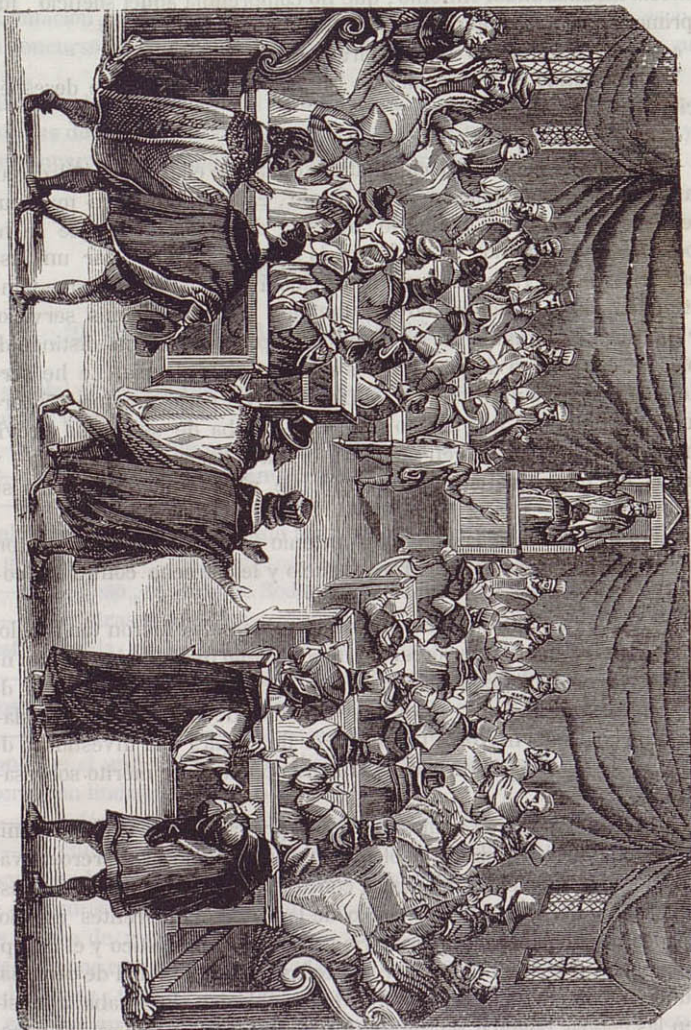
—En manos de V. está el remedio, segun me han informado.

—¿En mis manos? preguntó el doctor.

—Sí, en mano de V., replicó Antonio con voz suplicante. V. necesita un criado, y yo puedo hacer este servicio. Admitame V., y habré conseguido mis deseos.

—¿Quieres ser mi criado?

—Sí, tendré á mucho orgullo ser criado de un hombre como V. Cuidaré del aseo del cuarto y de los vestidos de V., y procuraré complacerle en todo, por tener la dicha de vivir á su lado y la esperanza de imitarle algun dia y ser sabio. Haré con gusto los servicios mas penosos, y no pediré otra recompensa que un corto espacio de tiempo cada dia para asistir á las clases. El estudio queda de mi cuenta. Si no me basta el dia, estoy acostumbrado á velar de noche. Ganaré un nombre, y acaso pueda



ser el amparo de mis padres , y corresponder á los beneficios de V., auxiliándole en su vejez.»

El doctor , que habia escuchado con la mas profunda atencion , permanecia meditabundo. Antonio , que no comprendia aquel silencio , fué el primero en interrumpirlo , diciendo con amargura:

«¿No soy acaso digno de emplearme en servicio de V?»

Y continuando el mismo silencio , añadió luego en tono de desesperacion:

«¡Acaso desconfia de mi inteligencia!

—¡De tu inteligencia! ¿cómo pudiera dudar de ella? replicó el doctor abandonando sus meditaciones. Esa frente , esos ojos revelan mas que inteligencia ; revelan el génio. No , no es la desconfianza lo que se ha apoderado de mi ánimo ; es el placer , la satisfaccion de gozar un instante de los bellos recuerdos que has traído á mi memoria. Porque tambien he amado el estudio como tú ; tambien he ofrecido mis servicios por instruirme ; tambien me he honrado en prestarlos á un distinguido profesor , con el afan de penetrar los secretos de la ciencia. Le he servido de apoyo en su ancianidad , y Dios te envía para que me proporciones igual auxilio , que acepto como una prueba de su divina providencia. Desde hoy vivirás en mi casa , formarás parte de mi familia , y sufrirás las impertinencias de este pobre viejo , que te llamará su amigo.»

Fuera de sí de alegría , se arroja Antonio á los pies de su protector , quiere besarlos , pero este le alza del suelo y le estrecha contra su corazón.

Los adelantamientos de Antonio en la universidad fueron tan rápidos como en sus estudios anteriores. No hubo premio ni distincion de que no se hiciese acreedor , siendo la admiracion y excitando el afecto hasta de sus propios émulos , por la modestia y sencillez de su conducta y modales en medio de sus mayores triunfos. Por fin , aspira á la investidura de doctor , y se hace digno de ella en concurso público por mérito sobresaliente.

La ceremonia de que hemos hablado al principiar este artículo , tenia por objeto conferirle pública y solemnemente los honores y prerogativas del doctorado. Todo el pueblo habia concurrido á presenciarla. Veíanse en el crucero del magestuoso templo de la catedral diferentes escaños ocupados por el claustro universitario , el cabildo eclesiástico y el cuerpo municipal en traje de etiqueta , y por todas partes infinidad de personas de uno y otro sexo de lo mas notable de la poblacion. Resonaba la música en las góticas bóvedas del templo , y todo contribuía al realce y esplendor de aquella fiesta.

En medio de tan brillante reunion , Antonio , á quien hemos conocido con toscos y groseros vestidos , ostentaba la toga blanca sobre el traje

talar. A todos inspiraba simpatías su pálido semblante, espaciosa frente y penetrante y melancólica mirada. Su fisonomía toda revelaba el génio, y su atencion, sostenida y profunda, el trabajo y el estudio.

Practicó los ejercicios con su modestia habitual, y al marchar hacía su habitacion, acompañado de los sábios de la universidad y de un escogido concurso, manifestaba bien á las claras que no habia olvidado su origen.

Poco tardó en obtener una cátedra en la universidad, y en ver cumplidos sus deseos. Antonio mereció el dictado de profesor eminente, y fué el amparo de su familia y el apoyo de su protector.

C.

RODAS,

O EL AMOR AL SUELO NATAL.

«¡Hola! amigo D. Anselmo; ¿qué hace V. por aquí tan entretenido? ¿qué lee V?

—Estoy leyendo un manuscrito que me ha dejado un amigo.

—¿Y de qué trata ese manuscrito?

—De una isla del Mediterráneo bastante famosa. V. la habrá oído nombrar algunas veces, porque tengo presente conoce V. las maravillas del mundo.

—Segun eso, se trata de Rodas, célebre por su coloso.

—Y por otras muchas cosas, amigo mio. El poeta Píndaro le ha compuesto una oda, en la cual llama á Rodas hija de Venus y esposa del sol.

—Pues si la isla corresponde á tan hermosa progenitora y es digna esposa de Apolo, debe ser un país encantador.

—Dos ilustres viajeros franceses le han visitado poco há: Chateaubriand fué el uno, y Lamartine el otro; y ambos nos hacen de Rodas una descripcion lindísima.

—¿Y quién es el autor del manuscrito que V. lee ahora?

—Le conoce V. como yo. Es de un amigo nuestro, que despues de haber abandonado su país natal, fué á establecerse por capricho á la isla hija de Venus. Sin embargo, cansado de las bellezas de tan encantador país, acaba de regresar á su patria, y hoy le encontré por casualidad paseando por estas verdes alamedas, que si no son tan hermosas como las de Rodas, tienen, segun él, un no sé qué indefinible para el que vió en ellas sus primeros días. Quise preguntarle la causa de su repentina vuelta á España; pero alargándome este manuscrito, que comenzaba á hojear cuando V. me ha interrumpido, me dijo: «ahí hallará V. lo que desea.»

Este diálogo pasaba en el Retiro de Madrid entre D. Anselmo, hombre de unos treinta años, y D. Luis, algo mas joven, y á quien acompañaba un hermanito, que tenia próximamente la edad de nuestros amables lectores. D. Luis anudó de nuevo el diálogo de esta manera:

—Amigo D. Anselmo, ha excitado V. mi curiosidad; y si no hay inconveniente en que yo y mi hermanito nos enteremos de los pormenores que contiene ese manuscrito, podríamos leerle juntos.» Y sin mas preámbulos, fuéronse á sentar cerca del estanque chinesco; y colocado en medio D. Anselmo, leyó lo que verán nuestros lectores, si se sienten dominados del mismo anhelo que nuestros tres personajes.

«Dos deseos suelen dominar al hombre: el de abandonar su pais natal para recorrer los que todavía no conoce, y el de volver á ver sus dioses penates cuando se ha convencido por sí mismo de cuanto de bueno y malo encierran los extraños.

Nací en Madrid, como saben los que me conocen, y hallábame dominado del ánsia de viajar, y con especialidad por Oriente, desde que había leído el viaje de Mr. Lamartine á esta parte del mundo.

Hojeando yo un día el libro del inmortal poeta francés, llamó mi atención el siguiente pasaje: «Rodas sale del seno de las aguas, como un verde ramillete: los ligeros y graciosos minaretes de las blancas mezquitas se elevan por encima de las selvas de palmeras, de algarrobos de cicomoros, de plátanos y de higueras, atrayendo de lejos las miradas del navegante sobre estos deliciosos retiros de los cementerios turcos, donde cada noche los musulmanes, recostados sobre el césped de la tumba de sus amigos, fuman en su pipa y cuentan tranquilamente las horas, como las centinelas que esperan el relevo, ó como hombres indolentes que gustan de acostarse en sus camas y ensayar el sueño eterno antes de la hora del último descanso. El cielo parece haber hecho de esta isla como un puesto avanzado sobre el Asia. No conozco en el mundo ni mas hermosa posicion militar y marítima, ni mas hermoso cielo, ni mas fecunda y risueña tierra. Los turcos han impreso en ella el sello de la inacción y la indolencia que llevan tras sí por todas partes. Todo está allí en la inercia y sumido en la miseria.... Duélome de esta hermosa isla, y la considero como una aparicion que deseara reanimar. Si se hallara menos separada del mundo activo, con el cual el destino y el deber nos imponen la ley de vivir, hubiera fijado en ella mi residencia. ¡Cuán deliciosos retiros se encuentran en las faldas de las altas montañas, cuyas gradas, cubiertas con todos los árboles del Asia, presentan por do quiera una amiga sombra! Enseñáronme una casa magnífica que pertenecía á un antiguo pachá. Rodeábanla tres grandes y ricos jardines regados por multitud de fuentes, y adornados con encantadores kioscos. Por esta hermosa posesion, solo pedian diez y seis mil pesos.» El pasaje que acabo de transcribir aquí, hirió fuertemente mi imaginacion. Por

mucho tiempo no pensaba sino en Rodas, en la encantadora hija de Venus y en la predilecta esposa de Apolo. Disgustábame Madrid y su bullicio; y las demas capitales de Europa no tenían para mí mayores atractivos. Rodas era mi sueño dorado. Despues de mil dudas y vacilaciones, me resolví á realizarlo.

Antes de dejar á mi patria, quise visitar la colonia griega, hija de Rodas. Visité á Rosas; y finalmente, me embarqué en Barcelona para mi isla encantada.

Confieso francamente que la primera impresion que me hizo su aspecto se ha dejado atrás la descripcion de Lamartine. La suavidad del clima, el contraste de la gravedad turca con la actividad europea, los trages, los árboles, las montañas, en una palabra, cuantas impresiones experimenté en los primeros instantes de mi viaje, no han producido en mi alma sino impresiones agradables. Estaba ávido por recorrer la encantadora isla, y no me detuve hasta haberla paseado en todas direcciones. Su suelo es rico aunque mal cultivado. Por do quiera se ven altas montañas y espesas y notables selvas, donde crecen con singular lozanía los mas hermosos árboles del Asia. La abundancia de rosales que se encuentran en esta isla, hizo que los griegos la pusieran el nombre de *Rodas*, que significa *rosa*. Dícese, sin embargo, que en los primitivos tiempos estaba esta deliciosa morada poblada de reptiles, entre los cuales descollaban multitud de serpientes, llamándose por esta razon *Ofusa*.

La capital de la isla se llama tambien Rodas, y está situada en la costa nordeste. Edificóse esta ciudad durante la guerra del Peloponeso. Sometida por algun tiempo al yugo ateniense, se hizo independiente durante la guerra Social, alcanzando gran prosperidad por su comercio y por la cultura de las ciencias y de las artes. Los persas se apoderaron de Rodas bajo el reinado de Honorio: tomada en seguida por los generales de los califas el año 647 de nuestra era, fue recobrada por Anastasio, emperador de Oriente. Los venecianos no se establecieron en ella hasta 1203, siendo expulsados por Juan Ducas. Conquistáronla los turcos de los griegos, y los caballeros de San Juan de Jerusalem la poseyeron por espacio de dos siglos, hasta que Soliman II los expulsó el 25 de diciembre de 1522: desde entonces la poseen los turcos.

Al entrar en la ciudad, seguí naturalmente la senda trazada por el célebre autor del *Itinerario*. Como él ha previsto, mi primera mirada, despues de haberme deslizado por el muelle rodeado de cafés, donde se encuentran camas al aire libre, se fijó en una torre semi-gótica, semi-sarracena, que defiende la entrada de un vasto puerto de forma cuadrada: es la torre de los caballeros. La tradicion cuenta en efecto que el dia de Navidad de 1522, despues de la capitulacion, veinte caballeros se encerraron en ella, muriendo allí como héroes.

La puerta de la ciudad se encuentra efectivamente entre dos anchas torres y á la extremidad del muelle: la primera calle de este lado es la de los Caballeros, y está rodeada de casas góticas inhabitadas, sobre las cuales están esculpidos los escudos de armas de las antiguas casas de Francia, España, Italia y Alemania. Al ver estos antiguos restos, no es posible dejar de esclamar con Chateaubriand: «Los turcos, que han mutilado en todas partes los monumentos griegos, han dejado intactos los de la caballería: el honor cristiano ha admirado la bravura infiel, y los Saladinos han respetado los Coucis.»

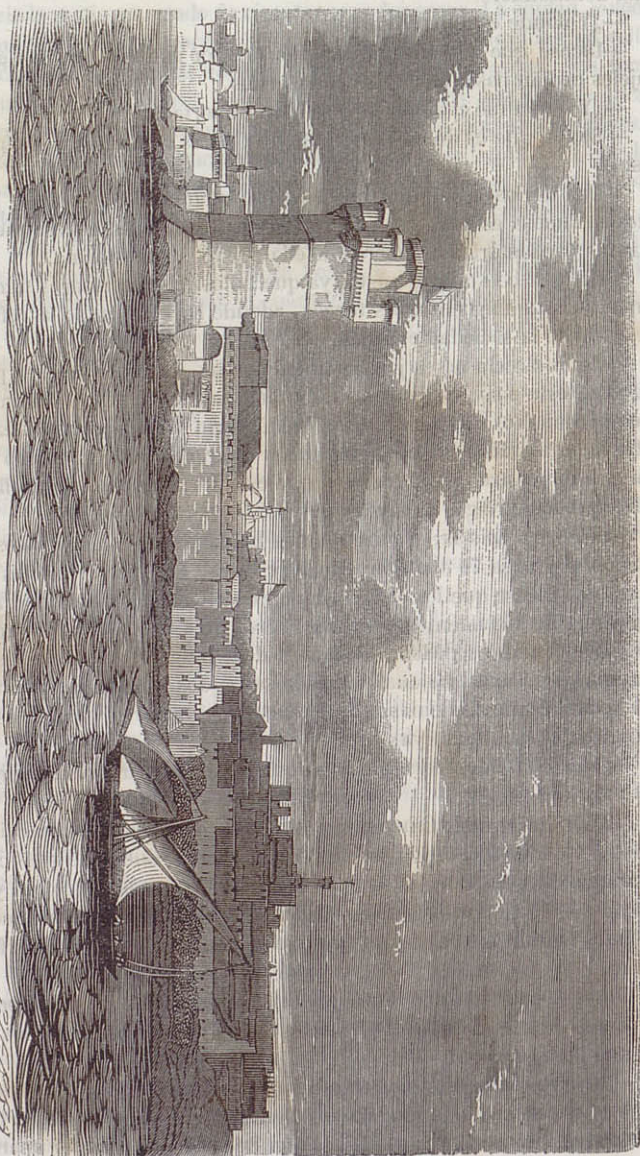
El palacio de los Grandes Maestres se encuentra arruinado, abandonada la iglesia de San Juan y destruidas ó desiertas las fondas de las ocho Lenguas.

He visitado tambien el campo de batalla de 1522, donde yacen las cenizas de 180,000 turcos muertos durante el sitio. Este lúgubre recinto presenta un aspecto árido y desolado, cuya posesion se disputan las aves de rapiña y los hambrientos perros. Al trasladarme desde este vasto cementerio á la parte de la ciudad que habitan los turcos, pensé por mucho tiempo hallarme todavía en la morada de la muerte; tal era el silencio que allí reinaba. No es fácil entrar en relaciones con los turcos, y hube de trasladarme luego al barrio de los judíos y al de los griegos, que ofrecen un singular contraste con los de los musulmanes. En efecto, el silencio y la inmovilidad cesan; bórranse los recuerdos orientales, y el ruido, la actividad y el trabajo que distinguen al europeo, se revelan por do quiera. Los judíos son los amos del comercio de Rodas, y aunque aparentan un exterior modesto, por temor á las exacciones turcas, viven ricos y en la opulencia. Mi calidad de extranjero me ha permitido penetrar en sus habitaciones y observar el lujo y las comodidades que les rodean. Los griegos, aunque mas animados y bulliciosos, no son tan hábiles en el comercio, y son generalmente pobres, aunque parecen en realidad mas felices y contentos. Por las noches su barrio se llena de movimiento y vida: cantan, bailan, disputan y se olvidan plenamente de que viven bajo el yugo extranjero. Los turcos miran con desconfianza esta algazara; los griegos esperan quizá en su interior por momentos gozar las auras puras de la libertad y de la independencia. Constantinopla tranquiliza á los primeros, Atenas mantiene el entusiasmo de los últimos.

Mientras permanecí en la capital de la isla, aunque por el día hacia mis incursiones por toda ella y sus cercanías, ávido de gozar las emociones nuevas que me rodeaban, me retiraba por la noche al barrio de los griegos, donde habia fijado mi residencia. Mi huésped era un hombre bastante instruido, y con él he tenido algunos coloquios interesantes, algunos de los cuales creo oportuno referir. Empecemos por el primero.

—Amigo Crisias, le dije un día, quisiera oír vuestra opinion acerca del antiguo y famoso coloso que ha hecho célebre vuestra isla.

VISTA DE RODAS.



—Era una estatua colosal de Apolo, que pasaba por la séptima maravilla del mundo.

—¿Y dónde estaba colocada?

—Dícese que á la entrada del puerto; por manera que los grandes bajeles podian pasar por entre sus piernas.

—¿Y quién fué el autor de esta obra inmortal?

—Dícese que es debida al talento de *Chares de Lindus*, discípulo de Lisipo.

—Una de las cosas que me llamaron siempre la atencion, ha sido vuestra famosa estatua del sol. Por eso, amigo Crisias, espero me digais cuantas particularidades acerca de ella podais manifestarme.

—Lo haré con mucho gusto, ya que no os gusta acostaros temprano, como es costumbre entre los turcos, adonde habeis venido á refugiaros huyendo de la sociedad europea.

—Esa indirecta no es justa, amigo Crisias. Ya sabeis que si permanezco en este pais, es porque en él habitan griegos tan instruidos y buenos como vos. Confieso que al venir aquí traia algunas ideas algo extravagantes. Hoy si todavía me gusta aspirar el ambiente puro y aromático de vuestro pais, confieso que este seria mucho mas bello si le habitaran solo griegos ó españoles.

—Sea, dijo Crisias; y continuemos hablando de nuestro coloso. Era de bronce y tenia 70 codos de altura, esto es, 112 pies españoles próximamente. Dícese que los rodios emplearon en este trabajo doce años y una suma de 300 talentos, es decir, cerca de 8.600,000 rs. Segun Plinio, pocos hombres podian abrazar su dedo pulgar, y muchas estatuas eran mas pequeñas que cualquiera de sus dedos. Añade el mismo Plinio que Rodas contenia ademas otros cien colosos menores y cinco estatuas colosales del escultor Bryaxis.

—¿Y cómo ha desaparecido de vuestra isla tan extraordinario monumento?

—Ahora os lo diré. Cincuenta y seis años despues de la ereccion del coloso, fué derribado por un temblor de tierra. Cuéntase que cuando los árabes conquistaron la isla, una parte de los restos del coloso yacian todavía por tierra, y que habian cargado con ellos mas de 900 camellos.»

Tales fueron las noticias que obtuve de mi huésped acerca del famoso coloso.

En otra ocasion le dije: «Amigo Crisias, ¿podrias decirme por qué los poetas de vuestra nacion han dicho que la lluvia que caia sobre Rodas era una lluvia de oro?

—No creo tenga esto mas objeto que ponderar la gran fertilidad del terreno, que segun veis produce excelentes vinos, árboles de una belleza pasmosa, y rica miel. Por eso la antigua Rodas, cultivada por manos libres, presentaba por do quiera el sello de la grandeza y de la hermosu-

ra: todo anunciaba el gusto de una nación amante de las artes, y cuya opulencia la ponía en estado de ejecutar grandes cosas. La ciudad, colocada en anfiteatro hasta la orilla del mar, ostentaba sus elevadas murallas guarnecidas de torres; sus hermosas y bien dispuestas casas, sus templos, sus calles, sus teatros, sus estatuas, sus colosos, sus limpios puertos y arsenales, donde se construían sus ligeros é incomparables bajeles, no menos dignos de admiración que la disciplina de la tripulación que los montaba y la habilidad de los pilotos que los guiaban. Así que el comercio de Rodas alcanzó un gran esplendor. Minerva tenía también aquí su templo, sobre cuyos muros estaba trazada con letras de oro la oda de Píndaro en que apellida á Rodas hija de Venus y esposa del Sol. Entre los hombres célebres de esta isla se cuentan á Cleóbulo, que pasa por uno de los sábios de Grecia: Timocreon y Anaxandride la dieron nombre como poetas cómicos.

—Efectivamente, dije á Crisias, Timocreon era un poeta muy satírico, y también un célebre atleta muy comilon. Recuerdo ahora que Simónides, á quien había satirizado desapiadadamente, colocó sobre su sepulcro un epitafio que vos recordareis.

—Sí, replicó Crisias; decía así: «He pasado la vida comiendo, bebiendo, y diciendo mal de todo el mundo.» Pero Anaxandride, aunque dotado de excesiva vanidad y mal humor, ganó diez veces el premio por sus composiciones cómicas.

—No disputaré acerca del mérito de vuestros hombres: solo os añadiré, como una opinión particular mía, que la filosofía griega, así como la de algunos filósofos modernos, me parece algo extravagante.

—No os negaré, replicó Crisias, que hemos tenido hombres que lo fueron, por ejemplo, el célebre misántropo Timón.

—Justamente me habeis citado uno que merece mis simpatías, porque creo que todo su odio á los hombres nacía de su odio y horror al vicio.

—Puede ser que así sea, pero no queráis pareceros á Timón. Somos cristianos y Jesucristo nos dejó dicho: «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen; y rogad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol para los buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.» Comparad estas sublimes palabras con las que pronunció Timón ante el pueblo ateniense. Os las repetiré por si no las recordais: «Atenienses, dijo, poseo un pequeño terreno donde pienso edificar una casa: al efecto tengo que arrancar la higuera que hoy se halla en él. Varios ciudadanos se han ahorcado en ella; por si alguno de vosotros tuviese el capricho de imitarlos, vengo á advertiros que no hay que perder un momento.»

—Amigo Crisias, los filósofos no son dioses, ni sus máximas se pare-

cen en nada á las de la Divinidad. Ahora bien, no me negareis que el ódio de Timon á los hombres provenia del horror que le habia causado la ingratitud con que muchos habian pagado sus beneficios. Dudó pues de la virtud humana, y por odiar al vicio odió á la humanidad. Tengo en mi apoyo el testimonio del poeta Aristófanes. Este, hablando del filósofo que nos ocupa, dice: «Este Timon es un hombre execrable é hijo de las Furias, que vomita sin cesar imprecaciones contra los malvados.»

—Vuestras razones me hacen algo mas disculpable á Timon, si bien no por ello dejareis de convenir conmigo que su filosofia no es la mas á propósito para los progresos de la moral pública.

Aunque el trato griego era para mí muy agradable, como me recordaba demasiado el de nuestras ciudades de Europa y no estaba todavía curado de la idea que me habia conducido á Rodas, hice algunas diligencias para proporcionarme alguna bonita posesion en las cercanías de la capital. Despues de varias incursiones me decidí á comprar una posesion que comprendia una colina cubierta de árboles, una buena casa en medio de un bosque de olivos y algunos campos propios para el cultivo. Adquirí estos terrenos por solos 40,000 rs. Su dueño, que era un señor turco bastante anciano, vendióme tambien sus criados y esclavas, y emprendió con su producto un viaje á la Meca, pues deseaba, segun decia, morir en esta santa ciudad de los musulmanes.

A pesar de lo pintoresco del paisaje y que nada faltaba de cuanto podia hacer cómoda la vida, apenas tardé ocho dias en aburrirme de este aislamiento oriental. El primer amigo que hice venir á mi lado fue un sacerdote francés que se hallaba hacia algun tiempo en Rodas. Sucesivamente vinieron los demas griegos que habia conocido en la ciudad, y de esta manera pude resistir todavía durante un año la permanencia en la isla. Al fin resolví abandonarla y volver á mi querida patria. En medio de los aromas orientales echaba de menos las robustas encinas de mi pais. El amor á mi árido suelo natal me dominaba de una manera irresistible: el sepulcro de mis mayores me llamaba con una voz elocuente. Los árboles del Prado, el aire puro y vivificador de Castilla, y el hermoso cielo madrileño, agitaban mi corazon que al fin triunfó del orientalismo para ansiar con mayor ardor entrar de nuevo en la bulliciosa y activa sociedad europea.»

Asi terminaba el manuscrito. D. Luis dijo entonces á su amigo don Anselmo. ¿Pero quién es ese famoso viajero?

—El marqués de C.*

A.

LOS SANTOS EVANGELISTAS.

Llámanse Evangelios á los cuatro libros históricos del Nuevo Testamento, los cuales contienen la vida, milagros, muerte, resurreccion y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo.

En un principio transmitian estos hechos oralmente los apóstoles y otros cristianos. Los discípulos de Jesus recorrian el mundo anunciando las circunstancias de su vida, resurreccion y muerte; pero luego se manifestó la necesidad de consignar con toda claridad y precision la historia del Salvador del mundo.

La enseñanza de esta historia fué encomendada especialmente á algunos de los discípulos de Jesus, mientras que los demas se encargaban de otros ramos de la doctrina cristiana. Los destinados á predicar esta historia, fueron los evangelistas propiamente dichos.

A fin de fijar mejor en la memoria las diversas circunstancias de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, las consignaron en historias particulares, que son los cuatro Evangelios ó los cuatro libros citados del Nuevo Testamento, escritos por San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, que son los Evangelistas.

San Mateo, apóstol y evangelista, llamado tambien Leví, nació en Galilea, en la ciudad de Canaa, donde hizo Jesucristo el primer milagro, convirtiendo el agua en vino. Abandonando sus riquezas, casa y familia, siguió al señor, haciéndose discípulo suyo, de publicano y pecador que era antes. Recorrió la Etiopia predicando la doctrina de Jesucristo, hizo algunos milagros, y sufrió el martirio en 21 de setiembre del año 90.

Este Santo fué el primero que escribió el *Evangelio*, unos seis ú ocho años despues de la muerte del Salvador. Segun se cree, los escribió en Jerusalem en lengua siriaca, que era entonces la de los judíos, la cual era una mezcla de hebreo y caldeo.

Aseguran San Gerónimo, San Ireneo y otros santos padres, que San Mateo escribió el Evangelio á peticion de los discípulos y por disposicion de los apóstoles, para instruccion de los judíos que se convertian.

El Evangelio de San Mateo comprende veinte y ocho capítulos.

El evangelista San Marcos era natural de la provincia de Pentápolis en el pais de Cyrene y de familia sacerdotal.

Convertido por San Pedro, manifestó tanto zelo, que el santo apóstol lo hizo su intérprete y le asoció á todos sus trabajos.

Los dos santos empezaron en comun la predicacion en Roma; pero obligado á salir San Pedro, dejó en aquella ciudad á San Marcos.



San Mateo.

De Roma pasó San Marcos á Aquilea, donde hizo tanto bien, que su iglesia llegó á ser una de las mas florecientes de Occidente.

Envióle despues San Pedro á Egipto, donde reinaba el gentilismo hacia mucho tiempo. Recorrió el alto y bajo Egipto y la Tebaida, y fue tal el fruto de su predicacion, que aquel pais de gentiles se convirtió en mansion de anacoretas, los cuales poblaron los montes y los desiertos.

En Alejandría fundó la primera escuela cristiana de la Sagrada Escritura, é hizo tantas conversiones al cristianismo, que aterrados los gentiles, sublevaron la poblacion contra él: le llamaban el Galileo, y le maldecian. Abandonó entonces la ciudad para volver al cabo de dos años, preparado á recibir el martirio, por el cual debia terminar su gloriosa vida.

Estando el santo celebrando el sacrificio de la misa, llegaron de im-

provisó muchos infieles, y echándole una soga á la garganta, le arrastraron por las calles y le llevaron á la cárcel. Allí se le apareció Jesucristo á consolarle; y al dia siguiente, tan pronto como asomaba el alba, le arrastraron de nuevo, hasta que espiró el 25 de abril del año 63.

San Marcos escribió el Evangelio en Roma para complacer á los fieles, que deseaban conservar perpétuamente la sagrada doctrina que les ha-

bia anunciado. Lo escribió con arreglo á lo que le habia enseñado San Pedro, el cual, despues de haberlo leído, lo aprobó, y autorizó su lectura para los fieles.

San Marcos escribió su Evangelio en griego, no solo porque esta lengua era la que mejor sabia, sino porque se hablaba mucho en Roma aun entre las mugeres. No están sin embargo todos conformes en cuanto á esto, pues no falta quien pretenda que lo escribió en latin. Lo que parece no ofrecer duda, es que lo hizo doce años despues de la Pasion y Muerte de Jesucristo.

Procuró exponer con claridad y precision la doctrina que habia aprendido en las instrucciones de San Pablo á los fieles y en sus conferencias con el santo Apostol. San Agustin llama á este Evangelista compendiador de San Mateo, porque refiere los mismos hechos con laconismo, aunque en al-



San Marcos.

gunos pasajes se extiende mas y añade cosas muy importantes.

El Evangelio de San Marcos comprende diez y seis capítulos.

M.

(Continuará.)

EJERCICIOS.

EXPLICACION DE LOS SEÑALADOS EN EL NÚMERO DE MAYO.

**ANALISIS.**

No se inserta por su demasiada extension.

PROBLEMA DE ARITMÉTICA.**SOLUCION.**

Si para 400 onzas de betun se necesitan 28 de pez negra, para una onza se necesitará una cantidad 100 veces menor, ó 28 dividido por 100; y para 250 onzas se necesitarán 250 mas que lo que se necesite para una onza, ó sea, 28 dividido por 100, multiplicado por 250; ó invirtiendo las operaciones, lo cual no altera el resultado.

$$\frac{28 \times 250}{100} = 70$$

Y haciendo el mismo raciocinio para encontrar la cantidad que se necesita de las otras materias, resulta de

$$\text{Pez de Borgoña. } \frac{28 \times 250}{100} = 70$$

$$\text{Cera amarilla. } \frac{16 \times 250}{100} = 40$$

$$\text{Sebo. } \frac{14 \times 250}{100} = 35$$

$$\text{Cenizas tamizadas. } \frac{14 \times 250}{100} = 35$$

Cuyas cantidades sumadas ascienden á 250

GEOGRAFÍA É HISTORIA DE ESPAÑA.

La ciudad es Zaragoza, que se defendió heroicamente de los franceses en 1808 y 1809. El río que la baña es el Ebro, cuyo curso de N. á S. E., de unas 123 leguas, está determinado por las cordilleras Ibérica y Pirenaica, cerca de cuyo enlace tiene origen, y despues de bañar á Miranda, Logroño, Calahorra, Alfaro, Tudela, Zaragoza, Santiago, Mequinenza y Tortosa, desagua en el Mediterráneo por varias bocas junto á los Alfaques.

Niños que han ejecutado los ejercicios:

ANÁLISIS.

D. Luis Miguel, de Ejea de los Caballeros; D. Eduardo Guitian y don Camilo Casado, de Guadalajara.

ARITMÉTICA.

D. Francisco Lora, del arrabal de Teruel; D. Demetrio Gil y D. José Meix, de Reus; D. Vicente Rodríguez y Martínez, de Caravaca; D. José María Camaña, de Vigo.

GEOGRAFÍA É HISTORIA.

D. Cándido Rodríguez, D. Casimiro Rodríguez, D. Pedro García y don Juan Martín, de Salamanca; D. Carlos Dalmau y Martí, y D. José Carbajo, de Reus; D. Vicente del Río, de la Puebla de Montalbán; D. Victoriano Moreno y D. Felipe Cuevas, de Huete; D. Nounito Montobbio, D. Ernesto Gibert, D. Leon Montero, D. José Pompido, D. Pedro Manubens, D. Cayetano Barraguer, D. José Alsina y D. Jaime Tos, de Granada.

ANÁLISIS Y ARITMÉTICA.

D. Bráulio Lobo, D. Enrique Medrano y D. Eduardo N., de Mota del Marqués; D. Pedro Antonio Andrés y D. Miguel Monforte, del arrabal de Teruel; D. Narciso Valmaña y Capell, de Calonge; D. Mariano Miguel y Tordí, de Palafrugell.

ANÁLISIS Y GEOGRAFÍA É HISTORIA.

D. Félix Murillo, de Ejea de los Caballeros; D. Gerónimo Berdones y hermano, de Soria; D. José Cabané, D. Eduardo Tainaro, D. Celestino Barrallat, de Granada; D. Pedro Pi y Puig, de Palafrugell; D. Ramon y D. Salvador Arregui, de Ciordia; D. Jaime Roig, de Lérida; D. Cayo Martínez, D. Mateo Arribas y D. Pablo Fierro, de Guadalajara.

ARITMÉTICA Y GEOGRAFÍA É HISTORIA.

D. Juan Francisco Rodríguez Cao, de Betanzos; D. Sérvulo Gibert, de Granada; D. Sixto Pons, D. José Cabré, D. Francisco Ferre, D. José Monlleó, D. Meliton Vergés, D. Tomás Sucona, D. Ricardo de Barberá y Blay, D. José Sardá, D. Juan de Barberá y Blay, de Reus; D. Eduardo Galvez, D. Victoriano Díaz, D. Mariano Aparicio, D. Dionisio Manzano, D. Rosendo Serrano, D. Raimundo Ortega, D. Ángel Villajos, D. Toribio de Mora Granados, D. Basilio Aparicio, D. Claro Díaz, D. Cecilio Gómez Pintado, D. Manuel Méndez y D. Julian Redondo, de Mora.

TODOS LOS EJERCICIOS.

D. Felipe García Bravo, D. Martín Calvo Pareja, D. Lucas Fernández, D. Miguel Zúñiga, de Horche; D. Francisco Lizaro de Ascárate, de Tudela; D. Mártir Bracter y Llagostera, D. Juan Esteve, D. Mártir Maury y D. Vicente Rodas y Colcell, de San Feliu de Guixols; D. Agustín Sardá Clavería y D. Narciso Dalmau Maseras, de Montroig; D. Jaime Franquet,

D. Juan Guasch, D. Andrés Llasurado, D. Esteban Bonet y Martí, don José Gasset, D. Adolfo Grillot, D. Agustín Simó, D. Juan Barberá y Afres, D. Ramon Banus y Castellvi y D. Pedro Pallisé, de Reus; D. Simon Vila y Roure, de Calonge; D. Antonio Cava y Gonzalez y D. Cándido Galan y Galan, de Granada; D. Isidoro Hernandez, de Huete; D. Matías Bravo, de Hórche; D. Francisco Sebastian, del arrabal de Teruel; don Feliciano Marañes, de Selva de Mar; D. Enrique Navarro, de Ejea de los Caballeros; D. Félix Gomez, D. Antonio Perez Rioja, D. Paulino Mateo Moreno y D. Francisco Garces, de Soria; D. Joaquin Calvente, don José Casanova, D. Miguel Galiardo, D. Enrique Bastida y D. Francisco Sandoval, de Almuñécar; D. Marcelino A. Vidad y Seijas Prado, de Sarria; D. José Genis y Sagrera y D. Anton Genis y Jaime, de Palafrugell; D. Miguel y D. Ignacio Carreras y D. Francisco Vila, de Granada; D. Joaquin Puyol y Puyals, D. José Pi y Rallé, D. Salvio Jofra y Fina, D. Pedro Ferrer y Coll y D. Juan Dalmau y Marqués, de Palafrugell; D. Adrian Minguez, D. Juan Casado, D. Rómulo Fernandez, D. Emilio Carrasco y D. Juan Notario, de Guadalajara.

EJERCICIOS PARA EL MES DE JUNIO.

Análisis gramatical y lógico.

Encontrados afectos habian agitado durante dos meses á las vastas provincias de España. Tras la alegría y el júbilo, tras las esperanzas tan lisonjeras como rápidas de marzo, habian venido las zozobras, las sospechas, los temores de abril. (Toreno).

PROBLEMA DE ARITMÉTICA.

Encontrar tres números tales que la suma de los dos primeros sea 42, la de los dos últimos 16, y la del primero y el último 14.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

El solitario de Olevano, ó la narracion del expatriado.—El premio de la virtud y el talento.—Rodas, ó el amor al suelo natal.—Los Santos Evangelistas.—Ejercicios para los niños.

ADVERTENCIAS.

Los señores suscritores cuyo abono termina con este número, se servirán renovarle para no experimentar retraso en el recibo de los sucesivos. —Como no teníamos surtido de grabados al empezarse esta publicacion, aunque debia ver la luz pública el 1.º de cada mes, no hemos podido dar los números sino el 8 ó 10 de cada uno. Esto en nada perjudica á nuestros suscritores, que, por el contrario, tendrían que perjudicarse si desmereciesen los grabados. Así, aunque no alteraremos la fecha del 1.º de cada mes, el periódico seguirá publicándose todavía por algun tiempo del 8 al 10. Por esta razon, mientras esto continúe, los suscritores podrán remitirnos los ejercicios hasta el 30 inclusive de cada mes.

Madrid: 1851.—Imp. de A. Vicente. Lavapiés, 40.